

dando una enojosa uniformidad á las prolijas oraciones que pone en boca de los caudillos de todos los tiempos, y sacrificando así la verdad y hasta la verosimilitud histórica al empeño de lucir la gallardía de language.

Poseía en verdad Mariana locucion castiza y pura, sencillez, limpieza y dignidad en el decir; y no le faltaba ni erudicion, ni talento claro, ni ideas nobles, ni discrecion y rectitud de juicio. Creo además que hizo todo lo que se podía hacer en su tiempo, y sospecho que si hubiera vivido en el presente siglo, hubiera podido componer una historia capaz de satisfacer sus exigencias. Acaso hizo sin intentarlo mas de lo que se habia propuesto, á juzgar por lo que él mismo dijo á su amigo Lupercio de Argensola: «Yo nunca pretendí hacer una historia de España, ni examinar todos los particulares, que fuera nunca acabar, sino poner en estilo lo que otros tenian juntado como materiales de la fábrica que pensaba levantar.»

Pero Mariana no podia eximirse de participar de las ideas dominantes de su siglo. Achaque del tiempo será ciertamente, mas que culpa suya, el haber admitido, fuese por credulidad propia ó por timidez y respeto á aquellas mismas ideas, tantas fábulas y consejas, tantos errores vulgares y tradiciones absurdas, algunas de tal naturaleza, que él mismo se vió obligado á hacer aquella célebre confesion: *plura transcribo quam credo*. Y no hizo poco si dejó traslucir á veces su perplejidad en dar ó no asenso á los cuentos que refiere como acreditados entre el vulgo, ó hablillas y patrañas que él decia. Aun así deslizáronse en gran número, que han ido recibiendo una especie de sancion popular, por lo mismo de hallarse por tan grave

autor consignadas. Lo que pudo no ser defecto en aquel tiempo, fuera un anacronismo contra las leyes del progreso intelectual pretender mantenerlo en el siglo XIX.

Hiciérase mas excusable esta falta supliéndola en mucho la discrecion del lector moderno, que no en todos puede suponerse, si la compensára por otra parte una apreciacion filosófica de las causas de los acontecimientos y de su influjo en los progresos, declinacion y alteraciones de los diferentes estados de España, de las formas y modificaciones de su sistema político, y de los pasos y trámites que fué llevando esta fraccionada monarquía hasta su unidad. Pero desgraciadamente no es en la historia de Mariana donde puede adquirirse este conocimiento, como oportunamente lo hizo notar el juicioso Capmany en su Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española, y muchos despues de él.

Hay un periodo en la Historia de España, el mas largo, y sin duda el mas fecundo en hechos brillantes y gloriosos para nuestra nacion, en que evidentemente peca de manca y deja un lastimoso vacío la obra de que me ocupo. Hablo del periodo de la dominacion de los árabes. Mariana estampó lo que halló escrito en los cronistas españoles, escaso por lo comun y diminuto, y no pocas veces apasionado ó erróneo. No alcanzó la *Biblioteca arábico-hispana Escorialensis* del célebre orientalista Casiri: no pudo conocer la *Historia de la dominacion de los Arabes* de Conde, ni menos la reciente y muy posterior de *Al-Makari*, que debemos al erudito Gayangos. Viendo siempre á aquellos dominadores por el solo prisma de la religion, despues de desfigurar lastimosamente sus nombres, que es lo menos, no les ahorra nunca el epíteto de *bárbaros*,

aun en la época en que el imperio musulmico español era el emporio del saber y el centro de donde se derramaba por el mundo la luz de las ciencias y de las artes, precisamente entonces que no estábamos nosotros para hacer alarde en punto á conocimientos humanos. Asi se fueron arraigando en las masas del pueblo español las ideas equivocadas que aun se tienen respecto á la cultura y civilizacion de aquellos nuestros conquistadores.

Aparte de estos capitales defectos, y considerada la mas popular de nuestras historias por el lado solo de la ordenacion, del método y de la claridad, bien necesita de una comprension raramente feliz, de una intuicion especial y de una retentiva privilegiada el que pueda decir con verdad y con la mano puesta sobre el corazon, que ha aprendido con sola la lectura del Mariana el órden y enlace de los sucesos y la marcha de la civilizacion y de la organizacion política y social de España.

Pienso sobre todo que una historia que no ha podido alcanzar sino á los primeros años del siglo XVI, y que por consecuencia deja en claro los últimos tres siglos, cabalmente los que pueden interesarnos mas, exige ya ser reemplazada: y que si ha de haber unidad en el pensamiento y en el colorido, no basta reparar la fábrica antigua é irle agregando piezas modernas, como hasta ahora se ha practicado. Menester es edificar de nuevo, sin dejar por eso de respetar lo antiguo, tan digno de veneracion. Y este es ya, si no he estudiado mal la opinion, el sentimiento y la conciencia pública. Pero *hoc opus, hic labor*.

Reconozco toda la dificultad de la empresa. ¿Y quién hay que no la reconozca? Requiérese aliento vigoroso y

mucho amor patrio. No me ha faltado este: el otro es el que ha estado muchas veces á punto de desfallecer. Y no porque me parezca exceder la obra á la capacidad del espíritu humano, como decia hablando á la Academia de la Historia en 31 de octubre de 1817 uno de los hombres mas doctos que ha tenido esta ilustre corporacion. Ni por que opine como el eruditísimo Chateaubriand cuando dice en el Prólogo á sus *Estudios históricos*, «que tenemos hoy muchos hombres que saben escribir cincuenta páginas, y algunos un tomo, no muy abultado, con singular talento; pero que hay muy pocos capaces de componer y coordinar una obra seguida, de abrazar un sistema y de sostenerlo con arte é interés durante el curso de muchos volúmenes:» añadiendo, «que el folleto y el artículo de periódico parecen el termómetro que señala la medida y el límite de nuestro espíritu.» Yo creo por el contrario, que aqui mismo en nuestra España sobran ingenios capaces de dar cumplida cima y llevar á feliz término esta misma obra; lo que ha estado para desalentarme muchas veces es precisamente el paralelo entre la capacidad de estos y la pequeñez mia. Ellos necesitarian solo de resolucion, y yo necesito de arrojo: pero ellos no se resuelven, y es fuerza arrostrar la temeridad. Si en estas cosas *non est satis voluisse*, tambien es imposible que carezcan de todo merecimiento la intencion, el ahinco y la laboriosidad. Abramos la senda. Otros marcharán por ella con mas gloria; pero algo reflejará en el primero que trabajó por desembarazarla.

«La historia de España no está en los libros, he oido decir mas de una vez en algunas reuniones de literatos: está en los archivos públicos y privados, está en pergami-

nos escritos en lenguas y caractéres hoy casi indescifrables; está en documentos que yacen entre el polvo de oscuros rincones, ó en lápidas que cubren todavía la tierra.»—Aguardad á que se desentierren y descifren todos esos documentos, útiles unos, de ignorada y problemática importancia otros; esperad á la elucidacion ó eventual ó imposible de todos los puntos dudosos; no escribais hasta que se pronuncie el «*ya no hay mas*» en materia de documentos ó de descubrimientos históricos; y pasareis vosotros, y vuestros hijos, y muchas generaciones sin ver mejorar la historia patria. Mariana lo dijo ya: esta tarea *fuera no acabar nunca*. Enriquecedla con lo descubierto y conocido, escudriñad lo posible, mejorad lo existente, ensanchad el edificio, dadle mas elegancia, ó mas brillo, ó mas regularidad, y hareis un beneficio á los hombres. Detrás de vosotros vendrá otro que mejorará vuestra obra, y otro mas adelante perfeccionará la de aquel. Jamás se hizo de una vez la historia de un pueblo. ¿Y cuál es el que puede decir que la tiene acabada y perfecta?

El insigne Ambrosio de Morales era menos exigente que estos optimistas de la historia. «Puede haber (dice en su «Prologo á la *Cronica general de España*) muchas causas «y muy justas, por las cuales alguno se empeñe en escribirla, y quiera á costa de su trabajo y su fatiga aprovechar en comun á muchos con su escritura. Mas entre todas, dos causas hay principales y dignas para mover á «que uno escriba la historia que antes de él otros han escrito, no teniendo por acabado lo que por muchos está ya «hecho. Es la una, pensar de sí el que escribe de nuevo «que podrá dar mas certidumbre en las cosas, que la tu-

«vieron los que antes las han contado: y la otra, que ya «que en la verdad de la historia no pueda sobrepujar á los «pasados, vencerlos ha á lo menos en decir mas hermosa- «mente las cosas, dándoles mayor gusto y dulzura, con la «que les puede poner el buen estilo. Cualquiera de estas «dos causas es bastante para escribir una historia, pues «ambas á dos cosas son necesarias en ella.»

Participo de la opinion del docto crónista, si bien á las causas que señala pudieran añadirse algunas mas.

He hecho para la investigación y adquisicion de documentos las diligencias que caben en los esfuerzos del individuo aislado. Me he dirigido á las academias y corporaciones literarias; he solicitado el auxilio de los hombres de letras, é hice un llamamiento á todos los amantes de las glorias nacionales y de la verdad histórica que poseyesen documentos, escrituras ó monumentos que pudieran contribuir á ilustrar nuestros anales. A algunos he sido deudor de interesantes manuscritos y noticias útiles. Me complazco en pagarles este tributo de gratitud. Otros han tenido por conveniente guardar un sistema de reserva y de incomunicabilidad, que no todos interpretarán del mismo modo, y al que fuera de celebrar les quedára la patria reconocida. Probablemente estos mismos serán los primeros á pregonar que la historia no sale tan enriquecida como pudiera; «pues poseen ellos *un documento precioso é ignorado*, de que no se hace en ella mérito.»

He visitado y examinado nuestros archivos, y principalmente los generales de las antiguas coronas de Aragon y de Castilla, establecidos el uno en Barcelona y el otro en Simancas, con las molestias, dificultades y dispendios que en

nuestro país experimenta todavía el particular que tiene la vocacion de consagrarse á estas improbas y enojosas ocupaciones, abandonado á sus recursos propios. He recogido de aquellos abundantísimos y ricos depósitos de nuestras glorias cuantas noticias y materiales me ha sido posible. Mentiría si dijera que lo habia escudriñado todo: el que se lo propusiera, necesitaria dedicar á esto solo una vida mas larga que la que comunmente se concede á los hombres. Aun asi, podré rectificar varios errores históricos admitidos por mis predecesores.

Con estos títulos me presento al público: él los apreciará en lo que valgan.

Diré algo acerca del plan y sistema que me propongo seguir.

«Desde la invencion de la imprenta hasta nuestros días, dice el ilustre Thierry, tres escuelas históricas han «florecido sucesivamente; la escuela popular de la edad «media, la escuela clásica ó italiana, y la escuela filosófica, «cuyos gefes gozan hoy una reputacion europea. Como hace «doscientos años se deseaba para la Francia los Guicciardini «y los Dávila, se le desea en este momento los Robertson y «los Hume. ¿Es cierto que los libros de estos autores presenten el tipo real y definitivo de la historia? ¿Es cierto que el «modelo á que la han reducido nos satisfaga á nosotros tan «completamente como satisfacía á nuestros antepasados el «plan de los historiadores de la antigüedad? No lo creo: «creo, por el contrario, que esta forma enteramente filosófica tiene los mismos defectos que la forma absolutamente «literaria del penúltimo siglo.»

Estoy de acuerdo con esta última observacion. La his-

toria descriptiva, en que no ha tenido competidor Mr. de Barante, y la historia puramente filosófica, al frente de cuya escuela marcha el lustre Hegel, la una desatendiendo á la especie por ocuparse del individuo, la otra haciendo olvidar al individuo por ocuparse toda de la especie, tienen inconvenientes igualmente graves. Pienso que el lector desea que se le den á conocer ambas cosas, y el acierto estaria en maridar en lo posible ambos sistemas.

Como no me propongo escribir para los doctos, que podrian ellos mismos iluminarme con sus juicios, sino para aquellos que ó necesitan de guia ó no tienen tiempo para meditar sobre los hechos y deducir las consecuencias de los principios, tengo por insuficiente la historia que se limita al simple relato de los sucesos, desechando toda fórmula histórica y abandonando á la inteligencia del lector las inducciones y aplicaciones. Aun supuesta la mas imparcial y exacta pintura de las acciones buenas ó malas de los hombres, ¿bastaria esto para llenar los altos fines morales de la historia? Frialdad culpable parecería esta imparcialidad cuando se trata de pintar el vicio ó la virtud, y asi podria conducir al escepticismo en asuntos de religion, como al indiferentismo político en negocios que tocan al amor de la patria. ¡Triste y desconsoladora imparcialidad la de un Suetonio contando friamente las torpezas del lecho imperial! Déjese, pues, al historiador, ó indignarse contra los crímenes, ó gozarse de ensalzar las acciones virtuosas, comparar, discurrir y hacer notar las consecuencias de unas y otros en mal ó en bien de los estados.

En vista, pues, de que ninguno de los sistemas que gozan mas boga satisface cumplidamente ni carece de incon-

venientes y defectos, considerada la ineficacia de los preceptos y reglas que tantos autores han dado desde Luciano hasta Mably, desde D'Alembert y Voltaire hasta Mr. de Bonald, bien puedo sin vacilar seguir el consejo del elocuente autor de los *Estudios Históricos* cuando dice: «Si bien es útil tener principios fijos al tomar la pluma, es una cuestión ociosa preguntar como debe escribirse la historia: cada historiador la escribe segun su propio génio..... todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos.... Escriba, pues, cada cual como ve y como siente....»

Usando de esta justificada libertad, el orden que he adoptado es referir primero y deducir despues; estudiar los hechos, y ver si los resultados de la experiencia confirman los principios y si estos esplican aquellos. Como mi objeto es dar á la historia la mayor claridad posible, é imprimir en la memoria de los lectores del modo mas permanente asi el conocimiento de los sucesos como el de su influjo en las modificaciones políticas del pais, no he querido interponer largas distancias entre la relacion y las reflexiones, ni tampoco interpolarlas tan de cerca que hagan la narracion truncada y falta de unidad, distrayendo continuamente la atencion del lector, y haciéndole perder el hilo de la accion. Asi creo conciliar las ventajas de ambas escuelas, y obviar el inconveniente que Thierry nota en este método, suponiendo que se desprecia la narracion por reservar el vigor para los comentarios, «y que cuando el comentario llega no ilustra nada; porque el lector no le liga á la narracion de que el escritor le ha separado.» Asi sería, si los resultados morales ó políticos se separaran tanto de los hechos que el lector no pudiera ligarlos sin poner en

tortura su memoria, ó sin obligarle á hacer una nueva lectura de los sucesos. Mas es precisamente lo que me he propuesto evitar. Mucho desearia haberlo logrado. Tengo aun por mas embarazoso y fatigante ingerir en el relato histórico observaciones que á las veces tienen que ser prolijas, tales como el exámen mas ó menos analítico de un código de nuestra legislacion, el de la influencia del espíritu religioso en la organizacion política y civil del pueblo, y otros cuadros que exigen detenidas consideraciones. Estas piden un lugar aparte. Por lo menos colocado yo en el lugar del lector, agradecería encontrarlas separadas. No es posible medir á todos por la regla propia, pero hay que seguir la que parece mas natural.

En cuanto al principio que impulsa la marcha de la humanidad, no puedo conformarme con la escuela fatalista que considera todas las catástrofes como necesarias, que desvanece toda esperanza y que seca todo consuelo, aunque marchen al frente de esa escuela hombres tan ilustrados como Thiers y Mignet. Acojo gustoso la ley de la Providencia con Vico, y coloco todo los pueblos bajo la guia y el mando de Dios con Bossuet. Esplicaré mas este principio en el discurso preliminar.

He citado á Bossuet, y debo rectificar una idea que ha hecho formar de la historia este sabio escritor. «En la historia (dice) es donde los reyes, degradados por la mano de la muerte, comparecen sin córte y sin séquito á sufrir el juicio de todos los siglos.» Desde entonces se ha repetido cien veces que la historia es el espejo en que los reyes ven la imágen de sus defectos. No, no es esto solo la historia. No han sido solos los reyes los opresores de la humani-

dad. También han solido serlo á su vez los pueblos cuando han ejercido la soberanía absoluta: también lo han sido otras clases de la sociedad: todas han tenido aduladores, y todos deben comparecer en las páginas de la historia á sufrir ese juicio imparcial y severo, porque sus lecciones se dirigen á todos, y la historia condenará siempre el fanatismo, la iniquidad, la ambición, el despotismo, la licencia, las guerras injustas, ya las promueva un monarca orgulloso, ya las suscite una multitud ciega y desenfrenada, ya las fomenten los magistrados electivos de una república en nombre del pueblo. Tácito fué un acusador inexorable de los monarcas: todas las clases deben encontrar en la historia quien acuse sus excesos.

Los periodos de tiempo en que puede dividirse la historia son por lo regular tan imperfectos como las divisiones que solemos hacer del espacio, porque todo se encadena en uno y otro por gradaciones insensibles. La historia de España ofrece sin embargo periodos naturales en las invasiones que cuenta. Pero hay uno entre ellos, el de la dominación sarracena, que pienso nadie ha clasificado con exactitud y con propiedad, ni es tampoco fácil hacerlo. Designase comunmente con el nombre de *España árabe*, y no lo es desde que reemplazó al imperio de los árabes el de la raza africana y mora. Tampoco es la *España musulmana*, ni la *España bajo la dominación de los sarracenos*, desde que las armas cristianas se hicieron dueñas de la mayor parte del territorio español para no volverle á perder. Ni puede decirse la *España cristiana* desde la época en que se declaró la victoria y la superioridad en favor de los defensores de la cruz, porque cristiana ha

sido la España antes y despues de la reconquista. En la dificultad de comprender bajo una misma denominacion ese largo y complicado período, he hecho de él tres divisiones, sirviéndome de pauta aquellos acontecimientos notables que alteraron sustancial y ostensiblemente la situación de los reinos, y de base las vicisitudes esenciales de la corona de Castilla en que vinieron á fundirse las demas.

Por desgracia la cronología de nuestra historia está todavía muy lejos de haber alcanzado un grado de certidumbre tal, que baste á poder fijar de un modo inconcuso la fecha precisa de cada suceso, notándose frecuentemente tal divergencia entre los mismos autores coetáneos, que es á veces de difícil y acaso imposible logro apurar donde está la verdad, y mas cuando faltan documentos auténticos que disipen toda duda. En tales casos me acomodo á lo que asientan los escritores que pasan por de mas autoridad. Reconociendo la utilidad de estas investigaciones, otros son á quienes corresponde ocuparse de intento en hacerlas, y no deben servir de embarazo al historiador general. «Esas discusiones prolijas, dice el erudito Cesar Cantú, para comprobar una fecha, un lugar, un nombre, y esa erudicion laboriosa... que nos dispensa de meditar al enriquecernos con las ideas ajenas, no se hicieron para el historiador que aspira á revivir en los corazones mas que en las bibliotecas.»

Refiero las batallas y hechos de armas con la posible rapidez, y solo me detengo algun tanto en aquellas que por especiales circunstancias y notables accidentes, ó por su grande interés, ó por el cambio que produjeran en la suerte del país, merecen conservarse en la memoria de los hom-

bres. Harto sensible es para un historiador el tropezar con siglos enteros en que los hombres apenas se ocupaban de otra cosa que de pelear. Lectores y autores tienen que sufrir esta monotonía desconsoladora, si no han de pasarse en claro largos períodos.

Si en todas las historias son esenciales requisitos el método y la claridad, necesitase particular estudio para evitar la confusión en la de España, acaso la más complicada de cuantas se conocen, señaladamente en las épocas en que estuvo fraccionada en tantos reinos ó estados independientes, regido cada cual por leyes propias y distintas, y en que eran tan frecuentes las guerras, las alianzas, los tratados, los enlaces de dinastías, que hacen sobremanera difícil la división sin faltar á la unidad, y la unidad sin caer en la confusión. Procuro, pues, referir con la separación posible las cosas de Aragón y las de Castilla, las de Navarra, Portugal ó Cataluña, y las que tenían lugar en los países dominados por los árabes; aparte de los casos en que los sucesos de unos y otros estados corrían tan unidos que hacen indispensable la simultaneidad en la narración. En cuanto á la claridad, siempre he preferido á la vanidad que se disfraza bajo la brillantez de las formas, la sencillez que Horacio recomienda tanto, aconsejando á los autores que escriban no solo de manera que puedan hacerse entender, sino que no puedan menos de ser entendidos. La historia no es tampoco un discurso académico.

Siento haber de advertir que una historia general no puede comprender todos los hechos que constituyen las glorias de cada determinada población, ni todos los descubrimientos que la arqueología hace en cada comarca especial.

No haría esta advertencia, que podría ofender al buen sentido de unos y parecer escusada á otros, si no tuviera algunos antecedentes para creerla necesaria.

Como español, y amante de las glorias de mi patria, permitaseme, cuando pueda sin faltar á la austera verdad histórica, hablar con complacencia en las ocasiones que encuentre virtudes ó grandezas españolas que elogiar. La imparcialidad no prohíbe los sentimientos del corazón; y escusable será este justo desahogo en quien tantas veces ha pasado por la amargura de ver su patria por extranjeras plumas vulnerada. ¿Quién podrá negarme esta compensación?

No quiero molestar con más advertencias. Sea la última de todas, que en la imposibilidad de hacer una obra tan perfecta y acabada como desearía, el ojo escudriñador de la crítica podrá fácilmente encontrar en ella, no ya solo los defectos inherentes á esta clase de obras, sino otros en que todo el esmero y diligencia del autor no le hayan eximido de incurrir. Lejos de temer los juicios críticos, los agradeceré cuando la buena fé los dicte, y conduzcan ó á enmendar errores, ó á esclarecer hechos, ó á encaminar por mejor sendero al historiador. Y si un Salustio, con haber merecido que Séneca le apellidara *honor de la historia*, y que Marcial le concediera el primer lugar entre los historiadores, hubo de tolerar que Aulo Gelio le reprendiera muchas palabras, y que Assinio Pollion escribiera un libro entero contra su historia; si un Tito Livio no pudo librarse de la censura de Tácito, que le notó de duro y seco en las expresiones; si el mismo Tácito tan alabado de todos, tampoco pudo evitar que Tertuliano le llamara en su Apologético

hablador de falsedades; si en nuestra misma España no faltó á Mariana un Mantuano que se cebára encarnizadamente en su obra; si ha acontecido otro tanto á todos los historiadores, y yo mismo me he creido autorizado para juzgar á los que me han precedido en esta espinosa carrera, ¿cómo he de pretender eximirme de comparecer y someterme á ese juicio á que se sujetan todos los públicos escritores?

Dichoso yo si al través de las dificultades inmensas de ejecucion, de las imperfecciones anexas á la naturaleza de la obra y á las facultades intelectuales del escritor, y de los fallos inexorables de la crítica, logro hacer un trabajo menos imperfecto que los de la misma índole que poseemos, y ser de esta manera útil al pais en que he nacido y á cuyo servicio he consagrado toda mi vida. Con esto solo me daría por altamente satisfecho, y mis esfuerzos y vigiliasserian sobradamente recompensados.

DISCURSO PRELIMINAR.

I.

La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida solo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guia, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan gran creacion? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiracion, sobre esterilizar hasta la virtud mas fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldria á suprimir todo principio de moralidad y de justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo, seria hacer de la sociedad una máqui-